

Color cántabro en el orfanato de Bal Mandir

Blanca Castañeda, de Cabezón de la Sal, narra en primera persona el mes que pasó en un centro infantil de Nepal, en donde colaboró con José Luis Gutiérrez

BLANCA CASTAÑEDA
BAL MANDIR (NEPAL). - Bal Mandir (que significa «templo de los niños») está ubicado en la capital del país asiático y acoge en estos momentos a casi 200 niños y niñas que oscilan entre el mes de vida y los 18 años. Hay un término que les une y les perpetúa en una situación de miseria: abandono. Primero fueron sus padres o familiares, después las instituciones de su país y a continuación la sociedad mundial que mira hacia otro lado.

Los niños y niñas huérfanos de Katmandú no son únicos ni siquiera por la dramática situación en la que viven. El mundo cuenta con pequeños infiernos esparcidos por prácticamente todos los continentes donde la vida no vale nada y la de los niños menos que nada.

Mi vida se llena de personas y de experiencias vividas. Recientemente he participado en un proyecto de cooperación al desarrollo avalado por la Universidad Complutense de Madrid, a través de la aportación económica de su Consejo Social y subvención del Ayuntamiento madrileño de Pinto. A lo largo de un mes he compartido con otras 10 personas el trabajo que supone desarrollar una acción lúdica y creativa con los niños del orfanato más grande de Nepal.

El proyecto *Color en Bal Mandir* es una iniciativa de José Luis Gutiérrez, director del Departamento de Escultura de la Facultad de Bellas Artes en la Universidad Complutense de Madrid. No se trata de un trabajo puntual y aislado de una persona comprometida con la realidad social, sino más bien de una forma de entender la vida (este es el tercer año que se desarrolla esta actividad en Nepal, el quinto en India y el segundo en Ecuador).

Cuando José da una de sus conferencias intentando sensibilizar a quienes le escuchan en el compromiso y la ayuda a los niños huérfanos, mantiene un tono tranquilo, pausado, sin aspavientos que desvien la atención hacia otra cosa que no sea la historia que está narrando.

Y se trata precisamente de su propia vida que compartida con Aurora, su compañera incondicional y pilar fundamental de todo el trabajo que ahora se desarrolla, encierra el sentido inicial que un día les llevó a intervenir in situ en alguno de los lugares más pobres del planeta.

En un tono casi de disculpa, José cuenta que su implicación en estos proyectos tiene una causa más azarosa que programada ya que hubo dos circunstancias que condicionaron esta decisión. La primera de ellas fue la imposibilidad de tener hijos, algo que tanto su mujer como él deseaban profundamente. Tres abortos no deseados les llevaron a tomar la decisión de iniciar los trámites de la adopción internacional.

Este fue el motivo por el que ambos se acercaron a una realidad que hasta entonces sólo les había llegado a través de algún programa de televisión. Comenzaron a viajar a orfanatos de India por lo que descubrieron en qué condiciones vivían algunos niños y niñas a sólo unos miles de kilómetros de su casa en Madrid.

Al cabo de unos años consiguieron adoptar a dos hermanas (Chandrika y Roshni) que actualmente se han convertido en dos jóvenes que estudian y trabajan en Londres felizmente.

El segundo hecho que incide en la vida de esta familia y que condicionará de forma definitiva su propia realidad es la esclerosis múltiple que le es diagnosticada a José con tan solo 36 años. Tal y como él lo cuenta, alejado del dramatismo y sin interés en despertar la más mínima compasión, su enfermedad le obligó a alejarse de la escultura (uno de los ejes centrales de su vida) y a buscar otra forma de canalizar su energía creativa y humana.

Así pues, volcado en las tareas docentes en la Facultad de Bellas Artes, caen en sus manos las normas y los reglamentos por los cuales se pueden desarrollar proyectos

La esclerosis múltiple y la imposibilidad de tener hijos les llevó a la adopción y la solidaridad

que vinculen a la Universidad con países en vías de desarrollo.

Mientras que cualquier otra persona hubiera optado por dejarse invalidar por las limitaciones físicas cada vez más evidentes, José y Aurora decidieron poner en marcha un proyecto (que en estos momentos va por su quinta edición) en el orfanato del que procedían sus hijas.

Después de estos años de experiencia y lejos de disminuir la motivación y las ganas, José Luis acaba de cerrar la tercera edición en el orfanato estatal de Katmandú y se dispone a arrancar otras dos intervenciones, una en América Latina y uno más en África.

Mi participación en «Color en Bal Mandir 2008» viene motivada por mi formación periodística ya que en esta ocasión el proyecto ha contado con la intervención de cuatro profesionales de distintos ámbitos, además de los estudiantes de Bellas Artes.

Ana Arechabala (doctora), Consuelo de la Cuadra (profesora), María Darriba (terapeuta) y yo como periodista hemos sido las afortunadas de vivir en primera persona esta experiencia. La distribución del trabajo y las tareas encomendadas a cada



Imágenes del orfanato. Abajo, algunos españoles, incluida Castañeda, abajo a la dcha. Arriba, a la derecha, José L. Gutiérrez / B. C.



uno estaban perfectamente delimitadas. Ana y María dedicaron prácticamente todo su tiempo a la evaluación y diagnóstico de los más de 70 bebés que en estos momentos hay en el orfanato.

La situación de los más pequeños de Bal Mandir es impresionante. Se encuentran distribuidos en tres salas en las que conviven niños y cuidadoras a lo largo de las 24 horas de todos los días del año.

Mal pagadas (ahora llevaban tres meses sin cobrar), durmiendo en camastros sucios y sin posibilidades de mayor higiene, enfermas en muchos

casos, y al cargo de entre 15 ó 20 bebés junto con otras tres compañeras, dedican sus energías al cuidado de niños y niñas a los que ven llegar y quedarse encerrados en esa realidad, quizá para siempre.

El primer día que entré en una de las salas tuve que hacer un esfuerzo para quedarme. El olor, las cunas llenas de pequeños sucios llenos de mocos y en ese momento con unas conjuntivitis que deformaban sus expresiones infantiles, fue desconcertante. Yo había visto ya los dos DVDs que en las ediciones anteriores se habían realizado para divulgar la labor

de José Luis y su equipo. Sin embargo, nada tienen que ver las imágenes con la realidad, con el olor de la vida que se mete por la nariz hasta el cerebro e insiste en quedarse en tu memoria durante un buen tiempo.

Aurora (la compañera de José y responsable con él de este trabajo) hizo las labores de anfitriona. Nos guió hasta las habitaciones de las cunas y nos presentó a «las mamis». Ella cogía y dejaba a los bebés con familiaridad, con la naturalidad que da la experiencia de algo ya vivido. Consuelo parecía entregada desde el primer momento atendiendo las de-



jas de toallitas que facilitaban su labor en la higiene de los pequeños.

La utilización de guantes en el lavado de los pañales, algo que hacen también las mamis debajo de un chorro de agua fría a la intemperie, y una crema para las manos se podía ver como algo superfluo o banal teniendo en cuenta las carencias básicas que tienen. Sin embargo el cuidado y la protección de sus manos conlleva el cuidado y protección de los bebés ya que son ellas mismas las que preparan los biberones que van directamente a la boca de los pequeños.

Estos son solos algunos ejemplos de las «pequeñas cosas» que pueden cambiar agentes de salud que se implican en un lugar como Bal Mandir. Sin embargo no debieron ser vividas como algo poco importante por sus protagonistas a juzgar por el eterno abrazo que alguna cuidadora le dedicó a Ana el día de la despedida.

El trabajo de aquí

El trabajo que el equipo de este proyecto realiza cada año en el propio orfanato es difícilmente calificable y medible en parámetros cuantitativos. ¿Cómo podemos evaluar la incidencia en la vida de estos niños el hecho de que un grupo de adultos jueguen, canten, pinten y bailen con ellos, al tiempo que se sienten importantes para otras personas?

Pintar las paredes exteriores puede resultar una buena metáfora para aquellos que consideran que este tipo de intervenciones se quedan en «la piel» del problema. Para otros, entre los que me incluyo, no es más que una excusa para poder crear una relación afectiva que busca la transformación de la realidad.

La actividad de pintar unas paredes va mucho más allá del mero hecho de llenar de color un entorno, acción nada desdeñable en sí misma, por otro lado. La posibilidad de que los pequeños que habitan ese lugar se permitan imaginar unos seres fantásticos que plasman en folios blan-



Estudiantes españoles y nepaleses colaboraron en el cuidado y educación de los niños

cos y que posteriormente son trasladados a las fachadas de su hogar, es «simplemente» constatar que los sueños son alcanzables, que la vida es transformable y que es divertido y reconfortante llevarlo a cabo.

De eso se encargaban los estudiantes de Bellas Artes a través de la organización de juegos y acciones que permitían que todos, incluidos los más pequeños, participaran en la transformación al tiempo que recibían besos y achuchones de cualquiera de los que estaban a su lado.

El equipo de jóvenes estudiantes españoles estaba completado con la labor que desarrollaban otros cuatro alumnos de Bellas Artes nepaleses. El trabajo conjunto de chicos y chicas de culturas tan distintas permite un enriquecimiento en todas direcciones, incluida la de los niños de Bal Mandir. Para aquellos que aún son muy pequeños para poder comunicarse en inglés, los estudiantes de Katmandú hacían de intérpretes. Todo ello bajo la atenta mirada de José, que sentado en su silla de ruedas iba dando las pautas necesarias para que el trabajo acabara en el plazo estipulado y con una prioridad fundamental, la dedicación a los niños.



mandas de los pequeños que en ese momento lloraban. Ana y María miraban con ojos de exploradoras, tratando de detectar en un primer contacto las características físicas o patologías evidentes que se pudieran observar. Y yo me escondía detrás de mi cámara de fotos tratando de poner algo en medio de mi cara y de aquellos pequeños a los que ponía el rostro de mis dos hijos.

El trabajo que tenían por delante las dos técnicas sanitarias era complicado. Cada mañana, antes de enfrentarse a la nueva jornada, cerraban una estrategia de intervención basada en el respeto má-

ximo y con un objetivo fundamental, conseguir ser admitidas por el grupo de cuidadoras y trasladar a sus rutinas diarias hábitos de higiene que cambiarían algunas patologías recurrentes.

Por ejemplo el contagio a través de un trapo que pasaba de cara en cara «limpiando» mocos y legañas fue sustituido de manera natural y de forma mimética. Ana, en este caso, utilizaba un pañuelo húmedo y desechable para dada uno de los bebés. Su acción era vista por las cuidadoras desde la curiosidad y con la posibilidad de imitarla ya que se ponían a su disposición ca-

Historia de un contador de historias

Una de las peculiaridades personales del responsable de este proyecto es su capacidad de contar historias. Nunca me canso de escucharle en sus conferencias cuando explica en tono pausado su implicación en estas tareas de cooperación. Los alumnos del IES Valle del Saja de Cabezón de la Sal, por ejemplo, se han hecho cargo desde el curso pasado de los estudios de un niño de Bal Mandir llamado Sudip Magar. Aprovechando mi participación en el proyecto en esta edición y dado que mi hijo mayor es alumno de dicho centro, el IES envió un libro de regalo a su patrocinado. En dicha publicación aparecían fotos del pueblo, de la fiesta que se celebró para recaudar fondos y textos de algunos alumnos, madres y profesores dirigidos a Sudip. También participó la alcaldesa de Cabezón, Isabel Fernández, con unas cariñosas palabras.

Y llegó el día de hacerle entrega del regalo al joven nepalí que

en estos momentos cuenta con 12 años de edad. En un intento de acto sencillo y discreto José empezó a contarle una historia en un tono más bajo de lo normal que obligaba a Sudip a prestar mucha atención. Le habló al niño de un pequeño pueblo que existía en un lejano país que se llama España. Un lugar donde, por casualidad, sus habitantes habían conocido la historia de un niño bueno, gran estudiante y con muchas capacidades que había tenido la mala suerte de no tener familia ni medios para poder estudiar.

Todas esas casualidades habían hecho que aquel niño, en principio desafortunado, se convirtiera en alguien muy importante en la vida de 350 jóvenes como él que ni siquiera le conocían. «Y en Cabezón todos conocen a Sudip Magar», es un personaje famoso e importante», decía José mientras los ojos de Sudip se abrían cada vez más entre el asombro y la ilusión.